

# Balance y perspectivas de la economía venezolana

Ricardo Villasmil Bond\*



***Basta con tener más de cuarenta años y un poco de memoria, ya que el proceso económico actual guarda estrechas semejanzas con lo vivido en Venezuela entre los años 1973 y 1978 en lo que se conoció como La Gran Venezuela.***

Atrás quedaron los tiempos de la letanía en torno a las consecuencias del sabotaje petrolero. Aún más atrás los de la teoría del submarino de Giordani. Son tiempos de fiesta, y el discurso económico oficialista se ha adecuando a ellos convirtiéndose en un alegre recital de éxitos que dice más o menos así: “La economía venezolana atraviesa por un período de sólida y franca expansión. Trece trimestres consecutivos de crecimiento, más de 35 mil millones de dólares en reservas internacionales, 17 mil millones de ahorro en el exterior, un tipo de cambio estable, una reducción importante en las tasas de interés, una caída también importante en la tasa de desempleo, un aumento significativo en el salario real de los trabajadores, y una reducción sostenida en los niveles de pobreza...”

El discurso, acompañado de gráficos a full color y aparentemente irrefutable, menciona apenas de pasada, como un asunto de escasa importancia, que al igual que en los dos años anteriores, el crecimiento de la economía venezolana durante el año 2006 tuvo como combustible casi exclusivo una expansión del gasto público que lo llevó a representar más de 38 puntos del Producto Interno Bruto, el porcentaje más alto de toda la historia del país. Que tal expansión fue posible financiarla gracias a un aumento sustancial en los precios del crudo (23% en el último año y 119% en relación con el año 2003) que produjo, de manera directa, ingresos fiscales de origen petrolero 20% mayores, y de manera indirecta, a través de su tránsito por la economía local –pero también, vale la pena reconocerlo, como consecuencia de una mayor acción fiscalizadora del SENIAT– ingresos no petroleros 27% superiores.

Tampoco destaca que analizando el PIB en términos de sus componentes, y de manera también similar a los años precedentes, la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto (10,3%) se mantuvo bastante por debajo de la correspondiente al consumo (16,3%), consecuencia natural de la presencia de factores adversos como la apreciación cambiaria y la incertidumbre en torno a las reglas del juego económico, los cuales se combinaron para frenar la natural expansión de la oferta de bienes y servicios nacionales –particularmente en el sector manufacturero– y privilegiar la comercialización de los



de origen extranjero, provocando así un crecimiento en las importaciones de 26,8% y una contracción en las exportaciones de 4,3%. Y que como consecuencia parcial de la escasa oferta de bienes y servicios de origen nacional y del aumento en sus costos de producción, a pesar del efecto antiinflacionario del anclaje cambiario, la expansión de la demanda agregada ocasionó un repunte en la inflación (17% para el año), tasa muy superior al promedio de América Latina (4,8%).

Comprender la dinámica económica del boom de consumo arriba descrito y las consecuencias de continuar por ese camino no requieren profundizar en el estudio de indicadores y análisis económicos de difícil comprensión. Basta con observar las largas listas de espera para adquirir un vehículo nuevo, el congestionamiento de los centros comerciales de las grandes ciudades del país, la publicidad y el consumo de whisky escocés de 18 años y la desaparición progresiva de la producción nacional de las vidrieras y anaqueles del país en favor de productos importados. Basta con tener más de cuarenta años y un poco de memoria, ya que el proceso econó-

mico actual guarda estrechas semejanzas con lo vivido en Venezuela entre los años 1973 y 1978 en lo que se conoció como La Gran Venezuela.

Al igual que ahora, en ese entonces el choque petrolero (los precios se triplicaron entre 1973 y 1974) se interpretó como un cambio permanente en los precios del crudo y las autoridades procedieron a elevar de manera dramática el gasto público (142% entre 1973 y 1974), alimentando con ello aumentos drásticos en el consumo privado y en las importaciones, e incidiendo de manera importante en la inflación. A pesar del aumento en el gasto, el alza de precios permitió acumular, al igual que ahora, ahorros externos en forma de reservas internacionales y en depósitos en el exterior. Muy pocos analistas preveían descensos en los precios del crudo y como consecuencia, Venezuela obtuvo acceso prácticamente ilimitado al endeudamiento externo. La preocupación de las autoridades, al igual que ahora, era administrar la abundancia, generando crecimiento con baja inflación. La crisis no se percibía como inevitable, mucho menos como inminente, pero pocos

años después, los efectos de los precios de la energía en la oferta y en la demanda, a través de la aparición de fuentes sustitutivas no-OPEP y de la implementación de mejores tecnologías y ahorros en los grandes países consumidores, se conjugaron para provocar un descenso en los precios, situación que encontró a Venezuela con una capacidad de producción de crudo muy mermada como consecuencia de una estrategia petrolera basada en reducir la oferta para mantener precios elevados.

Más allá de alertar en torno a las terribles semejanzas entre un episodio y otro, resulta de utilidad en los momentos actuales pensar en las opciones que tienen las autoridades económicas a su alcance. La baja probabilidad de que los precios petroleros sigan en aumento invita a pensar en cuál será la fuente de crecimiento sustitutiva del impulso fiscal en el mediano plazo. En el corto plazo, el ahorro externo, el endeudamiento externo, y los ingresos fiscales que brinda la administración de las divisas provenientes del petróleo bajo la figura de regímenes de cambio diferencial, permitirían, si bien a costa de mayores dificultades a futuro, mantener tasas de crecimiento moderadas. El gobierno actual, por su parte, apuesta a los efectos que sobre el empleo y el bienestar económico y social en general tendría el impulso a la configuración de un modelo económico alternativo basado en formas no convencionales de organización económica y social, tales como las cooperativas y las empresas de producción social. Lamentablemente, los primeros es-

fuerzos en este sentido han incentivado más el oportunismo y el pillaje que la eficiencia y la competitividad, lo cual coloca serias dudas en torno a su viabilidad una vez que desaparezca el subsidio oficial.

Pasando al terreno de la economía política, podemos apreciar con claridad que el gobierno actual enfrenta un dilema. Puede prolongar la ilusión de bienestar en el corto plazo a través del gasto público pero para ello deberá acentuar las distorsiones que desestimulan la actividad económica (la sobrevaluación de la moneda, por ejemplo) y descansar en mayor proporción en mecanismos confiscatorios de la riqueza (devaluaciones a través de la introducción de un régimen de cambio diferencial, por ejemplo). O puede apuntar hacia una racionalización de su política económica —obviamente sin abandonar el énfasis social que lo caracteriza— migrando hacia una concepción más moderna del socialismo. El problema de esta última estrategia es que no trae consigo beneficios inmediatos en términos de inversión privada y generación de empleo, en particular para una administración que cuenta con una pésima reputación entre los inversionistas. De acuerdo a la Heritage Foundation (2006), Venezuela es una economía “reprimida” y posee el grado de libertad económica más bajo de Latinoamérica. Para el Banco Mundial, ocupa el lugar 164 entre 175 países en términos de la facilidad para hacer negocios, y en materia de fortaleza institucional, ocupa el lugar número 186 en una selección de 209 países en términos de res-

peto del Estado de Derecho. Y en materia de competitividad, el último lugar en una selección de 61 países [IMD (2006)] y el lugar 89 en una muestra de 119 países en términos de competitividad para el crecimiento, posición que es en gran medida atribuible a la baja calidad de sus instituciones públicas (puesto 106) [World Economic Forum (2006)].

Un nuevo período presidencial y un nuevo gabinete aparecen como ocasión propicia para iniciar un cambio de rumbo, para dejar a un lado las obsesiones ideológicas y concentrarse en producir mejoras sostenibles en el bienestar de la población. Lamentablemente, las primeras acciones del nuevo gobierno (su intención de adentrarse en procura de una utopía, de estatizar empresas estratégicas y retomar el control de la producción petrolera en la faja del Orinoco, y de avanzar hacia la conformación de un Estado Comunal) apuntan en la dirección contraria. Es lamentable porque contribuye a encerrarlos en su propio laberinto. Y con ellos, a todos nosotros.

---

\*Economista.

---

***De acuerdo a la Heritage Foundation (2006), Venezuela es una economía “reprimida” y posee el grado de libertad económica más bajo de Latinoamérica.***